

largas y sabrosas páginas de novela picaresca, con los nuevos Lazarillos del Manzanares.

A la salida de los bailes de máscaras, las damas que van cogidas del brazo de un señorito son objeto, por parte de los golfos, de una ovación, con granizada de piropos. Y claro, los acompañantes no pueden menos de correrse con la peseta, pues sabido es que hay situaciones y circunstancias en que la gente se vuelve muy generosa, aunque no lo sea de suyo... ¿Y qué decir, si en vez de bebé, pierrot o arlequíneta genuina, es una señora en compromiso lo que pescan los golfos? Entonces, la generosidad puede no tener límites.

Así, los golfos intervienen en todo, se los encuentra hasta en la sopa. Arreglan bodas... y lo que no son bodas; se enteran de desafíos, lances y pendenencias; conocen por sus nombres y sobrenombres a todas las personas de algún viso de Madrid; saben quién les ha de soltar, en ocasiones, un duro, y quién un lapo; bizcan hacia las joyas, conocen y adivinan la posición de las gentes, la tarifican para las probabilidades de sacar partido, y vienen a constituir el modernismo de la pedigüeñería.

\* \*

Al lado de los golfos, hay las golfas. También su edad suele no bajar de seis, y no subir de quince. Triste es su vivir después de esta edad; pero no era más alegre, y era desde luego antinatural y horrible, cuando, impúberes aún, ofreciendo un periódico, recorrían calles y plazas, o se instalaban en la proyección de luz de un teatro o de un colmado, a las altas horas.

Y yo digo que esto no debía consentirse, no debía ser lícito.

El problema está en que a estas criaturas, son sus padres y sus madres quienes en primer término los lanzan a tal oficio y menester... La policía puede recoger todas las noches un par de docenas de estos niños y niñas infelices, reclutas de la mendicidad y de la inmoralidad; pero la policía se cansa, porque, al día siguiente de recogidos, viene el padre, y haciendo uso de la patria potestad, lo reclama para lanzarlo otra vez, apenas obscurece, a la misma faena y exigirle, cuando regresa a casa, el par de pesetas, cuya falta envuelve el castigo de palos o de zapatazos en el desnudo cuerpecillo.

Mientras no pierda la patria potestad, a la segunda vez que su hija sea recogida rodando por las calles, el padre explotador, y sea libre el Estado para recluir en Asilos a las niñas precozmente depravadas, el recogerlas de poco o nada servirá.

\* \*

Todo esto es bien triste, y lo peor es que tiene apariencias de alegre y de picaresco, como queda dicho.

Los golfos son una de las lepras sociales de Madrid. Hay quien afirma que los golfos dan una nota pintoresca; no la sé ver. El espectáculo de tantos niños encanijados, de tantos mozuelos holgazanes de profesión, soldados probables de los ejércitos del crimen y de la delincuencia para lo venidero, no me parece sino lamentable, y no puedo menos de sentir, cada vez que lo presencio, una especie de vergüenza patriótica.

Debo sin embargo confesar que, para tanta golfería y tanta hampa, no se cometen en Madrid tantos robos. En este particular no sobresalimos. No han llegado aquí todavía los elegantes ladrones y bandidos trágicos que tanto gusto dieron en París y en Londres.

La indumentaria de nuestros timadores, carteristas y mecheras, no se parece a la de los personajes de las novelas policíacas, hoy en moda. Así es que no andan desapareciendo tan fácilmente diademas, collares y demás preseas suntuosas, a menos que se trate de robos domésticos; y aun éstos no suelen pasar de verdaderas gatadas y guarduñerías.

El dinero lo tiene todo el mundo en los Bancos; los títulos y valores, igual; las joyas, se guardan cuidadosamente. Pero (y esta reflexión me la inspira el reciente episodio del collar de la Condesa de A...), las joyas, en la actualidad, se usan demasiado. En otros tiempos para que saliesen a relucir las joyas, se necesitaba un recio repique: boda, bautizo, sarao, ceremonia de corte.... Hoy, a cada triquitraque, se enjoyan y recargan las mujeres. ¿Qué es decir a cada triquitraque? A diario. Sale una señora de su casa a pie, por la mañanita, a comprar una vara de madapolán y los merengues para el postre, y va ostentando lo mejor de sus estuches, a proporción cada cual de lo que posee.

Se asegura que las joyas son un capital muerto, y

cuantas más veces se saquen, más se le exprime el jugo al rédito de ese capital. Ello será así; pero, como quiera que la gente va despabilándose mucho, y conoce el valor de las preseas, cuando hay tanta necesidad, tanta miseria, cuando ocurre que se muere la gente en la acera de hambre y de frío, no es prudente salir con treinta o cuarenta mil duros al pescuezo.

\* \*

No hay, sin embargo (insisto, porque dadas las circunstancias es hasta curioso), demasiadas subtracciones en Madrid. No se registra el frecuente cambriolage de París. Tampoco abundan los robillos «al escaparaté», ni aun los atracos, ni aun la recolección de carteras, bolsas y otros objetos de uso habitual. Los relojes parecen más adheridos a los bolsillos de los chalecos, y los alfileres de corbata, más seguros en la seda de los plastrones. ¿Será que hay más honradez? ¿Será que existe mayor vigilancia?

Yo no lo sabría decir. Por mi parte, a pesar de ser persona algo distraída y no muy recelosa de tales contingencias, declaro que nunca me han quitado nada en la calle, salvo unos duros que llevaba en la faltriquera del traje, allá cuando era moda que las faltriqueras se colocasen atrás, para mayor comodidad de los señores tomadores. Fuera de eso, no sufrí otro percance. Eso sí: he sabido por experiencia que lo que se desliza al suelo es declarado buena presa, y las personas más ajenas al oficio del señor Monipodio no se creen obligados a restituirlo a su legítimo y prístino poseedor, aunque le conozcan y les conste quién es.

Si no me pareciese un poco alarmante la paradoja, diría que el menor contingente del ejército del robo, y acaso el menos temible, es el que abiertamente figura en él. Lo que robe un profesional, a no surgir un lance como el del collar de perlas (si fué ladrón de oficio quien lo robó), es flor de cantueso para lo que se roba diariamente, sin ruido, doquier. Sin ruido, y sin sanción de ninguna especie. La cocinera que sisa; el panadero que desmiente el peso; el carnicero que da de menos en la mercadería; el *chauffeur* que se guarda el bidón de bencina; el cochero que disminuye la ración de cebada; la modista que pide diez varas no necesitando sino siete; el administrador que va engordando y adquiriendo casas y fincas; tantos y tantos como suavemente se apropian lo ajeno y despojan al prójimo, ¿en qué se diferencian de los profesionales, sino en mayor seguridad y sosiego para ejercer el oficio?

Y la edad moderna, al aumentar hasta lo ilimitado las exigencias del lujo y del confort, ha desarrollado enfermizamente el instinto de apropiación, el ansia de adquirir, en una o en otra forma. Adquirir, tener: he aquí el anhelo común de tantas gentes: diré que de casi todas.

Hay que tener, porque hay que comprar a precios cada día más altos y en mayor número los goces y las comodidades del vivir. Este es, cómo no verlo, un terrible mal social. Y es también la razón profunda de la espantosa guerra que asuela a Europa. Las naciones, como los individuos, han menester riqueza, y la adquieren rompiendo el freno de toda ley, apoderándose de lo que encuentran y pueden tomar por la violencia, unida a la astucia... Sobre lo cual cabe disertar largamente, pero el tema es ya asaz enojoso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El hecho de haber sido robado a una dama, de la cual sólo iniciales han dado los periódicos, un magnífico collar de perlas, en la calle, ha puesto sobre el tapete la cuestión del latrocinio en Madrid, que mil veces se ha debatido, relacionándola con la de la mendicidad.

En efecto, yo no sé cómo no nos quitan hasta el pensamiento, según están las calles de poco vigiladas, infestadas de mendigos. Y parecerá singular lo que voy a decir: los mendigos de este año son diferentes de los de años anteriores.

Antes los mendigos eran, o «el caballero decente que se ve en la desgracia», o la mujer con una criatura de pecho, «para la niña, señora, pá leche pá la niña», o los lisiados, «un artista que no se lo pue ganar», o las vejezuelas decrepitas, «esta pobre ancianita que aun no se ha desayunao...» El año presente, 1915, en una proporción de un 90 por 100, la mendicidad está compuesta de golfos, cuya edad oscila entre los seis y los diecisiete años.

\* \*

Conviene pues el texto de mi artículo al Dr. Tola Latour, grande amigo y bienhechor de la infancia, y que se ha preocupado siempre de este problema social.

Estos golfos, evidentemente, nunca se consagrarán a nada útil, nunca pertenecerán a la hueste de los laboriosos. Son, desde el primer instante, canijos de cuerpo y de alma. Su género de vida no puede desarrollar en ellos sino gérmenes morbosos. Aposados día y noche a las puertas de los establecimientos en que la gente come, se divierte o rinde tributo al vicio, se dedican a postular a cambio de servicios imaginarios, o por complicidades equívocas, que los inician, desde muy temprano, en todos los secretos de la mala vida.

Vagando por las calles hasta las tres y las cuatro de la mañana, contra las leyes de la higiene y de la moral, acechan cuanto sucede, tienen fijos los ojos en todo el mundo, y nadie puede dar un paso sin verse cercado de estos nuevos espías, que, si no atisban misterio alguno, cuando no existe, se fijan bien en lo que se deja caer por descuido, ya para asegurar la propina recogiéndolo, ya para sabe Dios qué, si vuestra distracción es tan completa que ignoráis que se os cayó la bolsa.

Es infalible que, adelantándose a veces al lacayo, sean ellos quienes abran y cierren las portezuelas de los coches. Por el afán de precipitarse, no faltó golfo que despachurase los dedos a un ciudadano pacífico, cogiéndoselos entre la portezuela y el montante.

No podéis deteneros un momento, a cambiar algunas palabras con cualquier amigo o amiga, sin que el golfo de servicio meta el cuevo, se entere de la conversación, y tome de ella pie para nuevas solicitudes de perras y perrillas.

\* \*

El amor, sin embargo, o lo que a él se asemeja, es la mejor fuente de rendimiento para los tales golfos. Por naturaleza son inclinados a ejercer los oficios que Cervantes declaraba muy necesarios en la república. En este particular, se pudieran escribir